



COLECCIÓN EOS

H
056
e691e
e.R.



ADERNOY Precio: DIEZ CÉNTIMOS

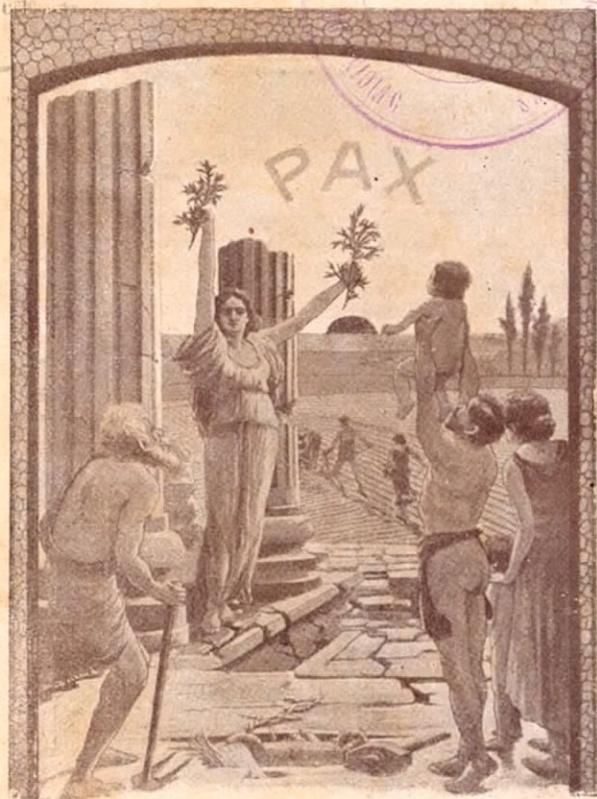
Biblioteca Sociológica Internacional

En volúmenes de 150 a 250 páginas :: En tela, 50 CÉNTIMOS el tomo

De venta en la Librería FALCÓ & BORRASÉ, San José, C. R.

- 1 *Siete ensayos*, R. U. Emerson, 2 tomos.
- 2 *Las leyes sociológicas*, G. de Greef, 1 t.
- 3 *Problemas sociales contemporáneos*, A. Loria, 1 t.
- 4 *La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas*, C. Kautsky, 1 t.
- 5 *Filosofía y Sociología*, F. Giner de los Ríos, 1 t.
- 6 *Leopardi a la luz de la ciencia*, G. Sergi, 2 tomos.
- 7 *Esencia del Cristianismo*, A. Harnack, 2 tomos.
- 8 *Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas*, G. de Greef, 2 tomos.
- 9 *La cuestión social es una cuestión moral*, Th. Ziegler, 2 t.
- 10 *El Jardín de Epicuro*, Anatolio France, 1 t.
- 11 *El Feminismo en las sociedades modernas*, E. González Blanco, 3 tomos.
- 12 *Los ideales de la vida*, W. James, 2 tomos.
- 13 *Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza*, G. de Azcárate, 1 t.
- 14 *Razas superiores y razas inferiores*, N. Colajani, 3 ts.
- 15 *Sartor Resartus*, T. Carlyle, 2 tomos.
- 16 *El destino del hombre*, J. Fiske, 1 t.
- 17 *La conciencia criminal*, M. Longo, 1 t.
- 18 *La ciencia de la educación*, R. Ardigó, 2 tomos.
- 19 *La sanidad social y los obreros*, I. Valenti Vivó, 2 ts.
- 20 *Antropología criminal*, E. Laurent, 1 t.
- 21 *Místicos y sectarios*, P. Rossi, 2 tomos.
- 22 *Nuevos derroteros penales*, P. Dorado, 1 t.
- 23 *El Socialismo y el pensamiento moderno*, A. Chiappelly, 2 tomos.
- 24 *Genealogía de los símbolos*, D. Ruiz, 2 tomos.
- 25 *La evolución humana individual y social*, G. Sergi, 2 ts.
- 26 *Política social y Economía política*, G. Schmoller, 2 ts.
- 27 *De los delitos culposos*, A. Angiolini, 2 tomos.

Todos los libros que se publiquen en esta sección están a la venta en la 7ª Avenida Este, 42.



056
C691C
C.R.

Núm. 1 — FEBRERO — Año 1916

San José, C.R.

COLECCIÓN EOS

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

*Eos — bien lo saben todos — significa AU-
RORA. Escogemos este nombre, sin pretensiones
de ningún género, como una simple fecha. La
guerra europea toca a su fin. Al amanecer un
nuevo día para la humanidad, bastante oscuro
aún el horizonte, emprendemos nuestra publi-
cación.*

*No somos intelectuales. Somos tipógrafos.
Nos presentamos sin programa y sin promesas.
Vamos a trabajar con mente y corazón de obre-
ros de letras. Aquí unas páginas de una revista
o de un libro nuevos o de edición reciente; allí
unas citas o notas libres, sobre temas diversos.*

*Nuestro intento primordial es la información
bibliográfica recta y despreocupada.*

Falcó & Borrásé

Giner de los Ríos

Giner y sus discípulos

Acaba de morir uno de esos hombres extraordinarios en quienes, de tiempo en tiempo, condensa la humanidad los más puros y admirables triunfos de su ascensión penosa hacia la bondad, el desinterés y el culto de lo verdadero. Cada país da esa condensación según conviene a las netas fundamentales de su espíritu, a lo que en el proceso de su historia fué destilando y condensando como lo más genuino y propio de su personalidad; y así son ellos, a la vez que modelos humanos, hombres representativos de la individualidad de su pueblo, en lo que cada uno puede ofrecer de más alto y aprovechable para la obra común de civilización.

Don Francisco (no me resuelvo a llamarle sino como le llamábamos siempre los que gozamos de su intimidad) ha sido ese hombre para España en la segunda mitad del atormentado siglo XIX y el comienzo del desconcertante siglo XX. Para encontrarle alguien que se le parezca entre nosotros (en esa necesidad de las explicaciones por comparación, tan claras para la mayoría de los hombres), sería preciso dar un gran

salto atrás hasta encontrarse con Jovellanos, con quien, en efecto, tuvo semejanzas morales e intelectuales, más de aquéllas que de éstas, no obstante los muy diferentes órdenes de vida en que uno y otro actuaron. Este paralelo es, por de contado, muy parcial; no cabe darlo por exacto sino en algunos particulares de las dos personas comparadas, y realmente sólo se puede sostener su perinencia pensando en la impresión general de honradez, de dulzura, de sano patriotismo, que surge de la figura de Jovellanos. Pero en cuanto se quiere precisar y detallar en punto a la modalidad misma de esas cualidades, la semejanza va desvaneciéndose, como la diferencia de tiempos haría pensar *a priori*.

Me importa, sin embargo, mantenerla, para conducir con alguna facilidad al conocimiento de lo que era don Francisco, cosa que tal vez por otros procedimientos de explicación resultase sólo comprensible para quienes ya lo conocían. Esa nota moral que coloco en primer término, lo define en lo que había en él de más substancial y propio. En efecto, no era don Francisco, ante todo y sobre todo—como quizá muchos piensen, entre ellos no pocos de sus colegas profesionales—un profesor más o menos sabio, un pensador más o menos profundo, un hombre de varia e intensa cultura. Todo esto, con tenerlo en gran medida, no estaba, dentro de su personalidad, en primer plano. Superior a la mayoría de sus contemporáneos en esas cosas, no eran ellas lo superior en su espíritu. Por eso no cabe clasificarlo entre los «intelectuales», palabra que hoy se emplea a troche y moche para designar cosas diferentes de las que corresponden a su natural significación, desconocida para la mayoría de quienes la usan

y aplican a otros. Para don Francisco, la «inteligencia» no era lo primero en nuestra vida; y por eso sin desconocer (antes poniéndolo de relieve a cada paso) el valor que el saber tiene para el hombre, no le subordinaba el resto de las cosas que en él hay y juegan en su vida. Mucho menos podía tolerar que la potencia intelectual y el caudal de saber adquirido, se tomasen y utilizasen como instrumento de ostentación, como materia de juegos brillantes y cubileteos aparatosos, sin respeto a la verdad y a la intención ética que en el fondo de todo acto humano reclama el puesto director que le corresponde; y por eso estimaba medianamente a los que orientaban así su vida, secando, al calor de la exaltación intelectual, otras fuentes más puras y necesarias al vivir.

Lo importante para don Francisco, como para todos los moralistas, era la conducta. El saber es en ella la luz que alumbraba el camino y permite orientar sin error, o con menos error, el hacer, tanto en la esfera individual como en la social. Disciadas ambas cosas, por muy alta que sea aquélla, poco vale, si no es que vale para torcer más la conducta, con mayor habilidad y amplitud de recursos que lo haría un ignorante o un hombre dotado de escasa inteligencia. Lo que principalmente le preocupaba en el orden del saber a don Francisco, era el más santo respeto a la verdad y a las ideas, y el uso que de la fuerza intelectual se hiciese en la vida: y eso era también ética, honradez, la honradez del científico que va desde la más prudente reserva en la investigación y en las afirmaciones a que ella conduce, hasta el respeto a toda conclusión ajena seriamente formulada y a toda rectificación que la rea-

lidad traiga a nuestras más queridas convicciones, a nuestros más halagadores prejuicios.

Por eso lo que sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él y lo que él les daba principalmente, era la regla de conducta, que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia. Lo que en este orden representa la acción de don Francisco, supera en cien codos a lo que representan sus libros y sus lecciones de cátedra en punto a materia jurídica, filosófica y aún pedagógica, o las continuas sugerencias con que generosamente fecundaba la labor científica de otros, en espléndido obsequio de ideas que no se agotaban nunca, y cuyos despojos han bastado para enriquecer la obra de muchos.

Esa nota característica de don Francisco es la que distingue su acción sobre España de la del otro gran hombre que con él comparte el principado de nuestra dirección espiritual moderna. Me refiero a Joaquín Costa. Costa y Giner son los dos cerebros que más han sembrado para la España presente y futura; pero no cabe compararlos, porque su campo era muy diferente. En rigor, Costa (salvo el efecto de reacción que todo hombre superior produce en algunos de sus contemporáneos, y el doctrinal que produjo en algunas disciplinas por él cultivadas, todo ello de escasa área de difusión) lo que dió fué un legado de ideas y planes para nuestro mañana, algo que él no pudo hacer en vida porque no tenía en sus manos los medios para hacerlo y que sus contemporáneos tampoco supieron traducir en realidad: nos dejó un programa de

gobierno tan preñado de ideas y soluciones, que de él decía el mismo don Francisco ser cantera que podía alimentar, durante cien años, la actividad de los políticos españoles resueltos a estudiar las necesidades verdaderas del país y a darles satisfacción.

Don Francisco no ha legado nada de eso, y no se puede decir de él propiamente que deje contestación y fórmula para los problemas concretos del mañana, ni aun obra que los demás puedan realizar como en pura aplicación de recetas específicas individualmente precisadas. La obra de don Francisco fué de presente, hecha en vida, y con él se ha ido, si no es en aquella parte en que lo que logramos comunicar a otra persona, sigue repitiendo en ésta nuestro impulso o traducándose en nuevas fructificaciones. Pero ya no será la obra *suya*, sino una interpretación que la riqueza inmensa de la realidad ha de exigir que cada cual haga, en cada instante, como obra propia, alumbrada tan sólo por una orientación general procedente del maestro. Quiero decir, que don Francisco ha hecho «hombres», y esto es lo que deja y lo que da a la España futura; porque su obra tuvo lo que es propio del educador, cuya gloria y cuya eficacia residen, no en los principios que expone, y que en lo sustancial tuvieron siempre predicación y propaganda, sino en los espíritus que forman y que lanzan a la vida como fuerzas que realizarán el ideal y promoverán nuevas vibraciones de él.

De aquí que esa obra *suya* haya sido eminentemente personal y no de influencia de sistema, es decir, que haya procedido, más que de la difusión de sus ideas, de su acción directa, personalísima con los hombres.

Hay un hecho que lo demuestra así plenamente, tanto en el orden ético (fundamental, como hemos visto) cuanto en el de las disciplinas científicas que cultivó y enseñó; y es que su acción eficaz, educadora, se encuentra, tanto o más que en lo que suele estimarse como su creación más honda y su medio de influencia más poderoso, la Institución Libre de Enseñanza, en la suma numerosísima de gentes que no han sido alumnos en aquel centro y llegaron a conocer a don Francisco cuando ya su primera educación (y a menudo también la universitaria) estaba hecha. No cabe, seguramente, pensar la Institución sin don Francisco; pero la obra de éste se proyectó también afuera en una gran medida. Cierto que muchos de los hombres a quienes formó don Francisco o en quienes influyó hondamente, se interesaron de un modo natural y lógico en la función docente de la Institución y entraron más o menos en su órbita; pero otros permanecieron ajenos a ella, en pura simpatía o interés ideal hacia su significación, pero moviéndose en una esfera de vida distinta, y muchos de esos no son por ello menos discípulos de don Francisco y representantes de lo fundamental de su influencia, o de algunos aspectos principales de ella. Todavía cabe decir, para precisar más el hecho que estamos señalando (esto es, el carácter personalísimo de la acción educativa de don Francisco y la distinción entre los efectos de este género que se produjeron a través de la Institución, y los que obtuvo sin que ésta mediase), que una gran parte de los hombres verdaderamente *nuevos* en espíritu que él formó y de los que la opinión designa como representantes ideales de la Institución, no recibieron la

acción docente de ésta, sino la de don Francisco, en su cátedra universitaria o en la relación general que la vida procura a cada paso por muy diferentes caminos.

El efecto de su espiritualidad era tan poderoso, tan grande la autoridad de su pensamiento y de su ejemplo vivo, que allí donde se ejercían con alguna continuidad daban resultados sorprendentes; y aun no fué raro el caso en que una primera conversación bastó para despertar un alma y ligarla fundamentalmente al alma del maestro, a pesar de las interrupciones de relación o de las fluctuaciones que el poderío del medio ambiente imprimía en muchas de ellas.

Por todo eso, su acción ha sido muy difusa, y muestras de ella se encuentran a veces en personas y lugares de escasa comunicación con lo que se consideraba como su núcleo.

De esa condición personalísima de su influencia nace que se haya ejercido, más que a través de lo que escribió en libros, de lo que dijo en conversaciones y aconsejó o sugirió en cartas, es decir, siempre en un terreno privado e íntimo (en gran parte fué así también su cátedra universitaria), que hizo de su acción una verdadera cura de almas. Confesor de muchas fué y director espiritual insuperable; y como tal, gran parte de su vida estuvo entregada al diálogo que semejante menester exige, mil veces más eficaz que el más vibrante libro. Por ello, también, su cuarto de estudio era a modo de gabinete de consulta por el que desfilaban a diario muchas gentes en busca de guía para sus actos, de consuelo para sus penas, de luz para sus pensamientos.

No todos los influídos han tomado y hecho suyos,

claro es, todos los aspectos de la doctrina educadora, ni en todos han florecido los mismos efectos de ella; pero en ninguno falta, aun en los más descarriados, la impresión indeleble de aquel contacto espiritual que en alguna ocasión de la vida, por lo menos, fué guía decisivo y salvó de los escollos de la vulgaridad, del egoísmo o del orgullo.

Es indudable, no obstante, que no pueden llamarse con razón *discípulos* de don Francisco, ni invocar su herencia, sino los que fundamentalmente, en lo más y lo mejor de su vida, dirigen su conducta (no sólo su palabra, pero también ésta) según la norma moral que constituyó la base de la doctrina y de la conducta del maestro.

Algunas veces, o por vanidad que a pocos engañaba, o por baja adulación que a don Francisco siempre repugnó (también por ignorancia real de lo que era y pensaba el maestro), hubo personas totalmente alejadas de su modo de ser y de conducirse, que se decían discípulos de don Francisco. Este acogía tales parentescos espirituales con una sonrisa de lástima o con un gesto de honrada indignación, según los casos. Ahora, ante el espectáculo de hombres que en su conducta intelectual o moral (o en ambas) contradicen plenamente las enseñanzas y el ejemplo de don Francisco, siendo la negación de su sinceridad científica, de su patriotismo desinteresado, de su respeto a las ideas, de su falta absoluta de egolatría, de su pureza de intención y de obra, y no obstante quizá pretenden pasar por discípulos y herederos suyos, aprovechando la singularidad del instante, si hay una segunda vida espiritual y desde ella puede ver don Francisco estas

cosas, sentirá, sin duda, la suave y melancólica ironía que las contradicciones y engaños de la humanidad hacen brotar de los espíritus serenos... Si don Francisco volviese a la vida, echaría de su templo a muchos de esos fariseos; a otros los perdonaría con su inagotable bondad. Pero no sé que sería preferible de ambas cosas, porque el perdón de hombres como aquél, tan superiores, suele dejar más amargura en el alma de quienes son capaces de amargura, que el latigazo más cruel y más duro.

EL CRITICÓN, por *Lorenzo Gracián*. — Edición y prólogo de Julio Cejador y Frauca. 2 tomos empastados ₡ 3.00. — De venta en la Imprenta y Librería de Falcó & Borrásé, San José, C. R.

«Talento de estilista de primer orden, el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley, en vida y movimiento y efervescencia continua, de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica, sobre todo en su *Criticón*, que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentricidades del autor, que derrochó un caudal de ingenio como para ciento.»

MENÉNDEZ Y PELAYO

El sentido social y la regla de conducta

Pocos hombres, entre los hombres ilustres de nuestro actual renacimiento, representaron mejor que Giner lo que significa, para qu'enes creen que los nombres no son cosa vana, lo que se quiere decir con la frase «reforma social».

A esa reforma, en todo lo que comprende cuantitativamente, pero más aún en lo que constituye su raíz y su médula, estuvo consagrado Giner. Lo estuvo por doctrina y por inclinación natural de su espíritu. En cuanto a lo primero, porque entendió siempre que las grandes modificaciones sociales, como todo lo que es orgánico, no se logran ni se cumplen desde afuera, sino desde adentro; no proceden de las leyes y de la organización exterior del poder público, sino de la formación interna, del espíritu social y del freno ético que éste haya logrado imponerse, y miraba por tanto, más al estado de la opinión y los sentimientos colectivos, y a la colaboración que según ello habían de prestar a los órganos llamados directores, que al empeño frecuentemente pueril, de hacer y deshacer que éstos tienen, por cándida equivocación que no pocas veces es orgullo inconfesado.

En cuanto a lo segundo, Giner estaba llamado a una estimación semejante de su obra en el mundo, porque él era uno de los hombres más honradamente

sociales que he conocido. Giner no concebía al hombre solo; era el contraste vivo y la negación vibrante del individualismo hoso y ególatra que reina en la mayoría de las naciones y entre nosotros toma caracteres de retraimiento agresivo, o sirve a las vanidades de los espíritus selectos que se encierran en sus torres de marfil... o de madera pintada. Así como Giner necesitaba siempre compañía, no trabajaba a gusto sino sabiendo que alguien trabajaba cerca de él, y prefería a todos los medios de enseñanza y de educación los que se derivan de la convivencia, el diálogo, el mutuo cambio de impresiones e ideas, así también, y por natural correspondencia de sentido, veía siempre en toda su labor su alcance y proyección social, y aun más que esto, la intención predominante de que sirviera para los otros y se realizase en función del concurso que cada cual debe a todos. Había así, en toda su mentalidad y en toda su conducta, un criterio orgánico que ligaba estrechamente el hacer individual con la finalidad social, y que agudizaba, ennobeciéndola, la responsabilidad de los propios actos que obligaba a todos los hombres, que no todos senten con igual fuerza y que algunos no han llegado a sentir nunca.

Ese sentido orgánico de la vida humana estaba acompañado en Giner por una estimación preponderante de la regla moral extendida a todas las direcciones de la conducta, y es fácilmente perceptible en todas sus enseñanzas y en todas sus teorías, desde la jurídica hasta la metodológica de la investigación de la verdad. Ese aspecto de su vida, como el más ligado a efectos prácticos, ha sido también el más claro y

visible para las gentes; y en realidad, ahondando en la trabazón fundamental de las ideas, se llega a encontrar un íntimo enlace entre la orientación moral como Giner la entendió y el sentido «social» en cuanto determina cierto género de intención y de conducta, aparte las especiales determinaciones doctrinales que ese sentido tuvo en Giner por lo que toca a la concepción sociológica y jurídica de la humanidad. Por ello, y dado que en la resultante final del hacer a que naturalmente es llevado el hombre, la regla moral es lo predominante, y a que ella triunfe sirven todas las demás fuerzas espirituales que en nosotros debe desarrollar la educación, no es irreal considerar que ahí residió la más alta representación de don Francisco, y que de toda su obra como pedagogo, como filósofo y como jurista, lo que culminó fue la ética de su vida y de su influjo educativo y el amplísimo concepto de su tolerancia, forjado al calor de una idea de la cooperación social (aspecto del sentido orgánico a que antes me refería) no superada jamás por nadie, pues en ella el factor intelectual iba amasado con una gran dosis de vibrante amor a los hombres como hermanos y compañeros en la tarea civilizadora de la especie.

Conforme a esto, y a la manera de todos los grandes moralistas (los verdaderos educadores son eso, principalmente), Giner daba el primer lugar en la vida a la regla de conducta inspirada en la mayor pureza, en el más grande desinterés, en el amor más profundo a la verdad, en la estimación de todas las cosas buenas, humanas y naturales, en la fraternidad y en la tolerancia para todas las opiniones y todas

las flaquezas. Y como esta doctrina no era en él simple predicación, sino práctica y ejemplo, llevaba en sí una autoridad fortísima, insuperable, a que se rendía todo espíritu no cristalizado en el odio y en la intransigencia. Con ser soberana su intelectualidad y vasta y profunda su cultura, era fácil advertir que todo su valor en este punto, toda la superioridad que le reconocieron siempre los que en número incalculable acudían a su saber y a su consejo en momentos de crisis espiritual o en sus investigaciones científicas, derivaba del mismo fondo ético, cardinal en su modo de ser. Como merced a él y viviendo conforme a él no podía concebir ninguna claudicación, ningún momento de flaqueza, la concesión más mínima al incumplimiento de los deberes, su juicio era siempre sereno, estaba por encima de las vacilaciones, de los desfallecimientos, de las entregas a la «impura realidad», y señalaba constantemente, sin vacilación, una ruta que para la mayoría de los hombres flota en el espacio de los ideales poco menos que inasequibles, a no ser en ciertos momentos y por un esfuerzo heroico. Y ese mismo principio ético es el que le daba también superioridad en las disciplinas científicas y literarias que cultivaba, porque él se decía que su deber no era contentarse con un conocer superficial de las cosas, ni descansar en conclusiones precientíficas, engañando así a los que fían en nuestro trabajo y diligencia, ni sustituir la apreciación y el parecer personales al espectáculo libre de la realidad, ni deformar el espíritu ajeno por el prurito de reducirlo a nuestro módulo, ni aislarse en especialidades que seccionan el mundo y lo tabican (en vez de considerar el íntimo lazo que liga to-

das las cosas y hace interdependientes todos los conocimientos), ni en fin, reservar para sí lo averiguado, en goce avariento de cosa propia y exclusiva, o menospreciar el concurso ajeno, por humilde que pueda parecer.

Por eso, porque tenía siempre presente la responsabilidad enorme que pesa sobre el trabajador científico, como sobre cualquier otro trabajador, máxime si las circunstancias de la vida lo hacen maestro de otros (¿y quién no es maestro en algunas ocasiones de ella?), don Francisco sabía las cosas que estudiaba mejor que la mayoría de las gentes, que se contentan con lo «indispensable» y se cansan pronto del esfuerzo, en que él no cejaba jamás, penetrando hasta lo más hondo de los problemas y estimando que el averiguar de las cosas no acaba nunca. Porque sentía vivamente esa responsabilidad del maestro en cuyas manos está, en cierta medida, el porvenir de todos los espíritus que se confían a él, evitaba apagar la personalidad de sus discípulos en la uniformidad de una doctrina impuesta que mata toda iniciativa, antes bien se esforzaba en despertarla y avivarla, para que por sí propia caminase en la ciencia y en las relaciones humanas. Porque creía que la más fecunda especialización, como ser indispensable para el progreso de la ciencia, ha de estar fecundada por una visión amplísima del conjunto de la realidad, a la vez que dirigía a sus discípulos hacia esa misma penetración honda de las cuestiones, que él practicaba, les impedía que se encerrasen en la particularidad de su investigación, despreciando como inútil y disipador el resto del saber, mostrándoles en cambio la indestructible base de la cultura enciclopédica.

Porque estimaba, en fin, que todo pensamiento, por muy original que parezca, debe siempre mucho a los pensamientos de otros, y por muy verdadero que lo consideremos es, al cabo, una representación personal abierta al error y compañera con otras en el camino de averiguar lo verdadero, comunicaba liberalmente a todos lo que él sabía, y escuchaba a todos con curiosidad respetuosa, ansioso de recoger el fruto de la labor ajena para corregir o agrandar la suya y mantener su espíritu en una perpetua juventud, que asimila renovación y da cada día nuevos frutos, en inagotable renovación y producción.

Fácil es comprender con esto por qué Giner no era un «intelectual» en la acepción propia de la palabra, es decir, un hombre que antepone a todo en la vida el brillo y la victoria del poder intelectual y el cultivo de esa fuerza espiritual, como si fuese la única, ni, aislada de las otras, la menos expuesta a descarríos y aplicaciones inmorales. Por eso mismo no era un dogmático, ni, con mayor razón, un intransigente; y así no ha dejado «escuela», en el sentido estrecho y cristalizado con que esto suele decirse. Sus discípulos, aquellos que verdaderamente han recogido lo substancial de las enseñanzas y el ejemplo de Giner, no son repetidores de una doctrina, siervos de un sistema, sino que han conservado su personalidad científica; y no es raro verles opinar, en las muchas cosas que son todavía opinables dentro de una ciencia (y Giner puso siempre gran empeño en hacer resaltar su número), de distinto modo que el maestro. En cambio, hay otros que repiten *ideas* de Giner, y sin embargo, no pueden llamarse discípulos suyos, porque no guían su

conducta general, como pensadores y como hombres, según la regla ética y el método característicos en aquél.—RAFAEL ALTAMIRA

Páginas 9 a 28 de la obra *Giner de los Ríos educador*, por Rafael Altamira, «Prometeo», sociedad editorial, Valencia (España).

Atenta a los fines culturales que como norma le trazó su fundador, el inolvidable FERRER GUARDIA, PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA ha empezado a editar una serie de volúmenes de 100 páginas cuando menos cada uno, elegantemente impresos y con alegórica cubierta, con el título de **Los Grandes Pensadores**.

Cada volumen de la BIBLIOTECA POPULAR contendrá trabajo o trabajos de algún pensador ilustre en alguno de los ramos del saber humano, una breve nota bibliográfica del autor y una nota de las publicaciones que constituyen su producción intelectual.

Los cuatro volúmenes que se han publicado hasta la fecha, y de los que se irán publicando uno nuevo cada mes con regularidad matemática, son de los siguientes autores y llevan los títulos siguientes:

VÍCTOR HUGO : : *Páginas Escogidas*
 F. PI Y MARGALL : : *Las Clases Jornaleras*
 VOLTAIRE : : : *Miscelánea Filosófica*
 P. J. PROUDHON : *La Propiedad*

Obra de cultura la nuestra, nos proponemos dar al público en pequeñas dosis y en forma económica que esté al alcance de todos los bolsillos, trabajos selectos de los grandes hombres de ayer y de hoy, que con su labor científica, han tejido la tela del actual progreso, tanto en filosofía como en sociología y ciencias naturales.

El precio del volumen es de TREINTA CÉNTIMOS y DOCE tomos diferentes TRÉS COLONES. Se reciben suscripciones en la Imprenta y Librería de FALCÓ & BORRASE, Séptima Avenida, Este, número 42, San José, Costa Rica.

Pensamiento

Está Edmundo de Amicis en un asilo infantil, entre un torbellino de chiquillos rosados y alegres de vivir, y exclama: ¡Oh benditos niños, sembradores eternos de la esperanza! Podemos creer que un día seréis atormentados también por las tristes pasiones que nos atormentan y manchados por nuestros mismos vicios y culpas; pero cuando nos detenemos ante vuestras frentes, no veladas por ninguna sombra, y vuestros ojos, en que no brilla ni un pensamiento que debáis ocultar, y vuestra boca, de la cual no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión de que seréis mejores; que nosotros renace irresistiblemente en nuestro ánimo, y esta ilusión querida y esta esperanza santa, renaciendo en todo padre con cada nuevo hijo y en la humanidad con cada nueva generación, es lo que más fuertemente ayuda a vivir e impide el volverse peor!

Comentarios, *Horas de recreo*, 1899.

La paz es imposible por ahora

«En Alemania nadie entiende por qué nuestros enemigos, después de sus derrotas diplomáticas en los Balkanes y de sus fracasos militares, no han iniciado ya las negociaciones de paz.» Así dice el aerograma que el Gobierno alemán ha dirigido a su embajador en Washington.

Ya lo saben ustedes. En Alemania no se comprende que las naciones aliadas no se hayan declarado ya vencidas y prontas a aceptar, añade el aerograma, «las condiciones de paz dictadas por los éxitos de Alemania en toda la línea.»

No es probable que la historia de la humanidad registre un mensaje semejante a este aerograma del Gobierno alemán. Constituye un documento tan insólito, que conviene registrar la fecha en que fué expedido. Fué en el 3 de Diciembre del año 1915 del Señor, a la caída de la tarde. Y en ese despacho se asombra el Gobierno alemán de que sus enemigos no se confiesen ya vencidos.

La respuesta a este despacho se había dado tres días antes, el 30 de Noviembre, al firmar el embajador de Italia en Londres, el compromiso de los gobiernos de Francia, Rusia, Inglaterra y Japón de no entablar por separado negociaciones de paz. Con la firma de Italia la quintuple Alianza se ha hecho definitiva.

¿Por qué los aliados no se dan por vencidos? La razón es muy sencilla. Porque no se creen vencidos? Y si los alemanes leyeran a su Clausewitz se lo explicarían. Las guerras se dividen en dos grandes grupos, según los fines políticos que se propongan.

Hay guerras de baja tensión, cuando sus fines políticos son secundarios. Hay guerras de alta tensión, cuando sus fines políticos son de importancia vital. En general las guerras agresivas son de baja tensión, porque ningún Gobierno está dispuesto a arriesgar la existencia nacional por un propósito de pura conquista. Pero las guerras defensivas son de alta tensión, porque los pueblos, y sobre todo los pueblos cultos prefieren arriesgar la vida a perder su independencia.

Esta es una guerra de baja tensión, por parte de Alemania, pero de alta tensión por parte de los Aliados. La tensión no se mide por los recursos que los beligerantes pongan en juego. Se mide por la firmeza de la voluntad.

¿Por qué están los alemanes dispuestos a la paz. Muy sencillo. Porque si se hiciera la paz actualmente, sus condiciones les serían favorables. Aunque renunciaran a una indemnización de guerra y a las cuatro quintas partes de los territorios conquistados, quedarían con el prestigio de la victoria y la paz les permitiría reponer sus bajas y utilizar su diplomacia en el intento de dividir a sus actuales enemigos.

Los alemanes han perdido más de tres millones de combatientes. Los Aliados han perdido más, mucho más, pero sus reservas de hombres son prácticamente inagotables. Las de los alemanes, en cambio, están medidas. Dentro de otros diez y seis meses de

guerra les será imposible mantener en sus líneas el número de hombres que necesitan para defenderlas.

Los Aliados han sufrido muchos quebrantos; pero a pesar de ellos, se encuentran mucho más seguros de sí mismos que al empezar la guerra. El número de sus combatientes aumenta, su equipo mejora, su conocimiento de la táctica y estrategia enemigas les permite medir al adversario sin hacerse ilusiones, pero sin exagerarse tampoco la potencia germánica.

Los Aliados pelean por un fin político de tensión no sólo alta sino máxima. Han venido padeciendo durante muchos años la amenaza de los Imperios centrales. No quieren seguirla padeciendo. En los ejércitos aliados no se pelea por el dominio, sino por la paz, por una paz sin amenazas. Sus soldados y sus marinos no tienen en la boca y en el pensamiento más que una frase: «¡Nunca más!»

En tanto que subsista el poderío mil tar de los Imperios centrales, es imposible la realización de ese ideal. Esto lo saben hasta los chicos de las escuelas. Si se hace ahora la paz, no sería tal paz, sino meramente una tregua.

Ello lo han anunciado con ingenuidad los mismos alemanes. Han dicho repetidamente que la actual no es sino la primera etapa para la realización del Imperio mundial de sus sueños. El profesor Münsterberg, propagandista máximo de las ideas alemanas en los Estados Unidos, al profetizar una paz próxima ha añadido que el primer cuidado de Alemania al volver de la guerra lo constituirían sus cuarteles y que «últimamente tendría que renovarse la prueba de las armas.»

Pues esto es precisamente lo que los Aliados decaen

evitar. «¡Nunca más!», rep'ten sus soldados y marinos espantados con los horrores de la guerra. Y el ideal de que no se renueven las actuales matanzas les mantiene en su puesto.

Los alemanes qu'eren la paz. De esto no cabe duda. Hay que hacerles esta justicia. Han querido s'empre la paz. Han querido la paz, con la condición de que los demás pueblos obedec'eran su voluntad.

Pero la paz la quieren igualmente los Aliados. Sólo que quieren una forma de paz en que su voluntad no tenga que someterse a la alemana. Lo que no calculan bien los alemanes es que la guerra no ha llegado a un punto en que la voluntad del vencido tenga que rendirse a la del vencedor.

Y no ha llegado probablemente por la misma forma de la guerra de posiciones, que ellos han impuesto. Una guerra de posiciones es tácticamente mucho más formidable que una guerra de movimiento. Pero no es decisiva. Con el sistema de las posiciones es posible adelantar las propias fronteras hasta cierto punto y luego mantenerse con solidez en los territorios conquistados.

Lo que no es posible con ese sistema, y sólo lo era con la guerra de movimiento, es desarmar al enemigo, cercar sus ejércitos y apresarlos e imponer de esa suerte las condiciones de la paz.

Sólo que frente a ese sistema seguro los Aliados han tenido que inventar otro sistema igualmente seguro. El de desgastar al enemigo a fuerza de frotarlo: en una palabra, la guerra de atrición, que como me observó el señor Unamuno, no significa recordamiento, sino meramente frotación. Con este sistema la guerra

se hace muy larga, pero a la postre vence el adversario que pone en el campo de batalla el último millón de hombres.

RAMIRO DE MAEZTU

OBRAS QUE RECOMENDAMOS

<i>Juanita la Larga</i> , Juan Valera, pasta.....	1.00
<i>Mi tío Benjamín</i> , Claude Tillier, pasta.....	1.00
<i>Antología de los mejores poetas castellanos</i> , pasta....	1.00
<i>La Grande Ilusión</i> , Norman Angell, pasta.....	1.00
<i>Elegías</i> , (poesías), Eduardo Marquina.....	0.50
<i>Grandes y pequeños hombres del Plata</i> , J. B. Alberdi.	2.00
<i>El rey trovador</i> , (drama en verso), E. Marquina	1.75
<i>Doña María la Brava</i> , (drama en verso), Marquina.	1.75
<i>Imágenes</i> , (poesías), Enrique Diez-Canedo.....	1.50
<i>¡Fiat Lux!</i> , (poesías), José Santos Chocano.....	1.50
<i>Los peregrinos de piedra</i> , (poesías), J. H. Reissig, p.	2.00
<i>Constanza</i> , (poema), Eugenio de Castro.....	1.50
<i>El rey Lear</i> , (trad. de J. Benavente), Shakespeare...	1.50
<i>De la Verdad</i> , Emile Faguet, (de la A. F.), pasta....	0.75
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i> , (con grabados), pasta....	1.50
<i>El sayal de mi espíritu</i> , (poesías), Ernesto Morales..	0.50
<i>Aspecto social de la lucha contra la Tuberculosis</i> , (fo-	
llete), Dr. Queraltó.....	0.25
<i>Viaje a la Luna y a los estados del Sol</i> , C. Bergerac..	1.00
<i>El gallo de Sócrates</i> , Leopoldo Alas.....	0.50
<i>Los Dioses tienen sed</i> , Anatolio France.....	1.75
<i>Baltasar</i> , Anatolio France.....	1.75
<i>La Isla de los Pingüinos</i> , Anatolio France.....	1.75
<i>Salambó</i> , Gustavo Flaubert, pasta.....	1.25
<i>La tentación de San Antonio</i> , Gustavo Flaubert.....	0.50
<i>El Socialismo y la Religión</i> , F. Engels.....	0.50
<i>La Escuela Moderna</i> , Francisco Ferrer, pasta.....	1.00
<i>Astronomía popular</i> , Camilo Flammarion.....	0.30
<i>Fausto</i> , W. Goethe.....	1.25
<i>La Muerte del Diablo</i> , Pompeyo Gener, 2 tomos.....	1.50
<i>Pasión y muerte de M. Servet</i> , Pompeyo Gener.....	2.00

Orientación educativa

(Breves observaciones)

El fundamento de la educación del hombre consiste en su naturaleza y no en su profesión.

(CHANNING.)

Hará días que aquí nos entretienen los pedagogos de oficio con la palabra «orientación». Parece que ésta es ahora la de uso corriente... y «moliente», así como ayer fué «vocación» y antier o esotro día se llevaban otras «palabras» más o menos resonantes... Pero siempre «palabras» y palabras para «entretención» del bendito público nuestro—cada vez más enterado, prácticamente, de que los maestros de escuela no sacan hombres de sus niños—. Porque, eso sí, los más de los buenos de los «padresfamilias» esperan que el Estado y sus agentes escolares hagan lo que deben hacer ellos mismos.

Cierto que ya los invita la escuela a compartir su misterio de enseñar educando y educar enseñando; pero ¿qué podrán hacer ambos elementos — familia y magisterio — ante el Estado pedagogo... y experimentador escolástico a costa de las criaturas? So-

bre los mismos y, si a mano viene, contra los mismos rezan y prevalecen los programas, la inspección técnica y demás impulsos superiores que, so color de de progreso y perfeccionamiento de la «educación común», no hacen otra cosa que estorbar la doble acción combinada de maestros y padres de familia en la buena crianza, cultura y desarrollo natural de la niñez.

—
Pero entre todas las palabras de su palabrería oficiosa y perturbadora, sobre asuntos escolares, ninguna más dañina que la dominante de ahora, ni más ocasionada a lamentables errores, a desvíos de lo razonable y natural de aquello mismo que—con atrevida imprudencia—se intenta dirigir. Esta «palabra» del momento, santo y seña de la novelería en su guerra contra la ingorancia, es y se dice «orientación»... Muy bonita, en efecto, y propia esta «palabra» de navegantes y viajeros terrestres, para que les crean encaminados por derecho los que se la oyen desde lejos—desde las nubes del asunto,—sin pensar en que hay orientaciones y orientaciones.

—
Veamos cómo quiere aquí entenderse la aguja de marear, ésa de las escuelas públicas... *Estas escuelas son*—a juicio de sus pilotos fluviales—*de ciudad y de campo*, para obreros y para labradores; y así, para varios según la ocupación futura de cada cual, sin fijarse nuestros mareantes pedagógicos en que todos sus educandos han de ejercer la ciudadanía en una democracia, y deben surgir—sobre todo y antes que todo—«para ser hombres». Pues ¿qué serán sin serlo, antes y después de todo, esos niños crecidos, sin cul-

tura humana, y encasillados de la vida pública cada cual según su ocupación y modo particular de vivir?...

¡Nada podrían ser a derechas! Ni ciudadanos y hombres libres, ni siquiera esclavos como en Roma, que al fin podrían llegar a libertos; formarían «castas» como en la civilización brahmánica de hace tantos siglos: y eso ahora, después de dos mil años de cristianismo civilizador. ¡Encrme anacronismo el de semejantes pedagogos! Y pretenderán, sin embargo, ser hombres prácticos del día, respecto al adelanto racional del país..., haciendo como quieren, precisamente lo contrario de aquello en que más sobresa le la civilización moderna, esto es: la concentración democrática de las antes llamadas «clases sociales», mediante la cual suelen regenerarse y robustecerse la ciudad con el campo y el campo con la ciudad. Y esto ha sucedido y sucede aquí con frecuencia...

Distinguidos profesionales, y hombres públicos de importancia, son de origen rural, o de humilde cuna, y muchos de los más hábiles agricultores dejaron la ciudad por el campo, sin dejar tampoco de ser notables ciudadanos como sus nobles ascendientes. Idéntica manera de *endósmosis e injerto sociales* puede observarse con respecto a familias antes cerradas a comunicación o contacto fuera de «su clase» y hoy regeneradas, puede decirse, merced a enlaces «desiguales» en el viejo dialecto señoril, y «progresivos, cristianos, civilizadores», según ahora se habla, entre personas educadas del mundo entero, sin seguir tampoco —al

formar familias y ciudadanos—esas orientaciones absurdas.

Porque absurdas son, evidentemente, las mentadas «orientaciones» de escuela, según alumnos y lugar de residencia, o según personas que las frecuenten, y donde hayan de abrirse; puesto que, ba o tal concepto, serían tan numerosas las «orientadas» escuelas públicas, de obligación para el Estado, que éste jamás podría cumplir su deber constitucional...

Vaga es, además, y muy defectuosa la supuesta diferencia entre campo y ciudad, para «orientar» sus respectivas escuelas de Educación Común; porque dentro de lo rural y sus trabajos caben tantas escuelas de diferente «orientación», como diferentes y aún opuestas tendrían que ser las «orientaciones pedagógicas» de población según clima y circunstancias locales, y hasta en un solo centro según artes y oficios de sus moradores.

Para pulperos y artesanos... y para «gremios» tan diferentes, como apenas pueden contarse, de oficios y comercio menudo, habría que «orientar» distintas escuelas especiales—de «Educación Común»—en la ciudad, así como en el campo sería imposible una sola «orientación» para la montaña y los llanos, para el sedentario cultivador de granos y hortalizas y el altísimo hachero de los bosques o el errátil vaquero sosegador en las praderas dilatadas... Y todos ellos sin embargo en campos y ciudades son «ciudadanos por igual» de una democracia moderna, ciudadanos con voz y voto en el Gobierno, cuyo Estado costea, ins-

pecciona y dirige su «Educación Común» para que voten y hablen conscientemente, como hombres libres y educados.

Siendo, pues, impracticables tan numerosas «orientaciones» aún si quedara únicamente la bifurcación en escuelas de ciudad y escuelas rurales, resultaría grave injusticia contra los «ciudadanos del campo», tan inteligentes y educables como los demás, y no educandos en particular como «gente del campo», sino en general como tales «ciudadanos de una república de no-crática» y, antes que todo y sobre todo, «como hombres»... Así es que venimos a parar, con estas 1 reves observaciones, en la cita y epígrafe del gran sociólogo y educacionista Channing: «El fundamento de la educación del hombre consiste en su naturaleza y no en su profesión.»

PATERFAMILIAS *

* Seudónimo usado a veces por el Dr. D. VAL. F. FERREZ en *La Información*, de la que tomamos este artículo.

BALZAC (Honorato de), a 75 CÉNTIMOS tomo empastado

Ilusiones perdidas, 2 tomos : *El libro del valle* : *El Padre Goriot* : *Eugenia Grandet* : *La mujer de treinta años* : *Los aldeanos* : *La piel de zapa* : *Fisiología del matrimonio*. (En breve recibiremos las obras completas).

GORKI (Máximo), a 75 CÉNTIMOS tomo empastado

Los tres : *En la estepa* : *La angustia* : *Los caídos* : *Cain y Artemio* : *Los vagabundos*.

Página de León Tolstoy

De resultas de una nevada, en medio de la plaza del pueblo se hizo una gran balsa de agua.

Akoulina y Malacha, dos pequeñas, que por ser domingo llevaban puestos sus trajes nuevos, jugaban por allí cerca.

Akoulina dijo a Malacha:

—¿Andamos poco a poco dentro del agua?

Y dicho y hecho; se quitaron los zapatos y las medias y se pusieron de patitas en la balsa.

Pero he aquí que, una vez dentro empezaron a disputar, y Malacha dió un empujón a Akoulina y ésta cayó de bruces, como una rana manchándose todo el vestido.

—¿Qué has hecho desgraciada?—exclamó su madre al verla el vestido.

—Esa tiene la culpa, que me ha dado un empujón—contestó compungida la criatura.

La mujer, entonces, indignada, pegó un cachete a Malacha, que se marchó lloriqueando hacia su casa.

Al instante salió a la calle la madre de ésta.

—¿Quién es usted para pegar a mi hija?—gritó fuera de sí.

Y las dos madres, poniéndose frente a frente, comenzaron por insultarse y acabaron por tirarse del moño.

De todas las casas de la plaza empezaron a salir hombres y mujeres, y los unos a favor de una de las chicas, y los otros a favor de la otra, se armó una gresca tan terrible que aquello parecía una guerra ci-

vil. Todos gritaban sin entenderse; las injurias y los dicerios más denigrantes salían de los labios, las manos se alzaban amenazadoras y algunos garrotes caían sobre las cabezas y las costillas del vecino.

Una pobre vieja quiso poner paz valiéndose de buenas razones; pero nadie la escuchaba, corriendo el riesgo de ser zurrada como las demás.

La trifulca duró mucho rato, y... ¡quién lo diría!... mientras los grandes se aporreaban de lo lindo, las dos pequeñas Akoulina y Malacha, que volvían a ser amigas, se entretenían con una azadilla y un bastón en hacer un arroyuelo a un lado de la balsa de agua, logrando que esta corriese calle abajo hacia el río. Contentas en su alborotada alegría, empujaban el agua que se escurría dejando la balsa casi seca.

—¡Cógela! ¡Cógela!—gritaba Malacha.

Entonces una pobre viejecita, que se fijaba en lo que hacían las pequeñas dijo:

—¿Veis? Vosotros, los grandes, estáis batallando, a punto de mataros por una riña de criaturas; y en cambio ellas, miradlas... hacen la obra que habríais de haber hecho vosotros, y ya hace tiempo que ni se acuerdan de que han regañado. Ya vuelven a jugar como si nada les hubiese pasado. Ellas tienen más entendimiento que vosotros. ¡Gansotes!

Los vecinos comprendieron la verdad que encerraban aquellas palabras y les dió un poquito de vergüenza.

Y después de reirse de ellos mismos, entraron cada uno en su casa,

Págs. 166-167 del *Almanaque Ilustrado Hispano-Americano para 1916*, editado por la casa Maucci, de Barcelona. Se vende en la librería de Falcó & Borrásé a un colón ej.

Nota

La prensa local ha publicado dos cartas pedagógicas del Prof. Salinas, ex-director del Liceo de Costa Rica. El Dr. Ferraz las ha comentado en *La Información* haciendo ver lo que tienen de bueno.

Las críticas del Dr. Ferraz pecan siempre de indulgentes. La indulgencia extrema es una de las muchas bellísimas cualidades del venerable maestro.

Nosotros no hemos podido apreciar bien las ideas del Sr. Salinas. Él se burla de la lógica como de una bobería «inventada por Aristóteles» y no teme caer en contradicciones. Ataca, por ejemplo, con sobrada razón, la llamada «enseñanza vocacional»; pero olvida luego completamente los propios argumentos, al hablar de las escuelas normales. Así, para acatar al Sr. Salinas, tenemos que preguntar al chiquito si quiere o no ser maestro cuando grande. Si no quiere, todo está salvado: le educaremos o instruiremos como a hombre. Pero si quiere ser maestro, tenemos que llevarle desde niño por un camino especial, enteramente distinto del otro.

Segundo ejemplo. Es el Sr. Salinas partidario de los sistemas de «educación general»; pero se pronuncia contra la coeducación de varones y hembras, porque la ciencia alemana ha descubierto que el alma de la mujer no es idéntica a la del hombre. ¿Y qué solución irá a dar el Sr. Salinas al problema de la educación general cuando la ciencia alemana descubra que, a igualdad de sexo, no existen dos almas iguales, como no existen tampoco dos cuerpos iguales? Porque ésto ha de descubrirlo también la «psicología diferencial».

Volviendo al Dr. Ferraz, hay un punto acerca del cual no estamos de acuerdo con él (y mucho menos con el señor Salinas). Pensamos que la lógica puede ser estudiada independientemente de la psicología. Hay modos de pensar y de razonar que son comunes a todas las personas sanas. La lógica estudia estos modos, investiga «las leyes del razonamiento» y es así quizás la más importante de las ciencias. ¿Qué tal si para dedicarnos a ella hubiéramos de aguardar a saber algo de cierto en psicología?

Sin saber lo que es esencialmente la electricidad, estudiamos los fenómenos eléctricos, sus leyes, utilizamos en grande cuanto descubrimos y nos acercamos poco a poco al conocimiento de la electricidad misma. — Para saber cómo caen las piedras, no precisa saber por qué caen. — ELÍAS JIMÉNEZ R.

Colección MERCURIO

BIBLIOTECA SELECTA UNIVERSAL DE AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS :: DIRECTOR LITERARIO ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO :: DIRECTOR ARTÍSTICO RICARDO MARÍN :: Tomos encuadrados en tela a ₡ 1.75 :: De venta en la Librería de Falcó & Borrásé, 7ª Av. Este, San José, C. R.

REFLEJOS DE LA TRAGEDIA, por E. Gómez Carrillo.
LA GUERRA ACTUAL, por Alfonso de Sola.
NOVELAS, por Joaquín Dicenta.
POLÍTICA HISPANOAMERICANA, por F. Arderius.
LA VIDA EN LOS CONVENTOS Y SEMINARIOS, por Luis Astrana Marín.

Imprenta y Librería de Falcó & Borrásé, San José, Costa Rica

- 28 * *El Arte en la muchedumbre*, G. Piazzi; 2 tomos.
29 *Egoísmo y altruismo*, J. Antich, 1 t.
30 *El concepto de la existencia*, A. Dieroff, 1 t.
31 *El materialismo histórico y la sociología general*, A. Asturaro, 1 t.
32 *El alma de la muchedumbre*, P. Rossi, 2 tomos.
33 *La Filosofía y la Escuela*, A. Angiulli, 3 tomos.
34 *El Mundo y el Hombre*, C. Perrini, 1 t.
35 *Degeneración social y Alcoholismo*, M. Legrain, 1 t.
36 *Acción socialista*, J. Jaurés, 2 tomos.
37 *Los sugestionadores y la muchedumbre*, P. Rossi, 1 t.
38 *El siglo de los niños*, Ellen Key, 2 tomos.
39 *La Nueva Pedagogía*, G. Rodríguez, 1 t.
40 *Los comienzos del arte*, E. Grosse, 2 tomos.
41 *El paro forzoso*, M. Thury, 1 t.
42 *El derecho del más fuerte*, G. Cimbali, 2 tomos.
43 *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo*, E. Ciccotti, 3 tomos.
44 *Los sindicatos y la libertad de contratación*, J. Gascón, 2 tomos.
45 *Fuerza y Riqueza*, A. Nicéforo, 2 tomos.
46 *Génesis y función de las leyes penales*, M. A. Vaccaro, 2 tomos.
47 *La Moral. Principios de Ética*, H. Hoffding, 1 t.
48 *La Moral. La moral individual, social y de familia*, H. Hoffding, 1 t.
49 *La Moral. La libre asociación de cultura*, Hoffding, 1 t.
50 *La Moral. La cultura religiosa y filantrópica. El Estado*, H. Hoffding, 1 t.
51 *Los fundamentos económicos de la protección*, S. N. Paten, 1 t.
52 *Premoniciones y reminiscencias*, S. Valenti Camp, 1 t.
53 *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*, T. Carlyle, 2 tomos.
54 *Amor y matrimonio*, Ellen Key, 2 tomos.
55 *El éxito de las naciones*, E. Reich, 2 tomos.
56 *La herencia en las familias enfermas*, I. Orhansky, 1 t.
57 *Individualismo y socialismo*, A. Albornoz, 1 t.
58 *Voces de nuestro tiempo*, A. Chiapelli, 2 tomos.
59 *Atisbos y disquisiciones*, S. Valenti Camp, 1 t.
60 *El Estado socialista*, A. Menger, 2 tomos.
61 *Humanismo integral*, L. Lacour, 2 tomos.
62 *Las leyes de la evolución social*, Th. Hertzka, 2 tomos.

- 63 *Sociología zoológica*, A. Asturaro, 1 t.
 64 *La Anarquía. Los Agitadores: Max Stirner, P. J. Proudhon, H. Zoccoli*, 1 t.
 65 *La Anarquía. Los agitadores: M. Bakunin, P. Kropotkin, B. R. Tucker, H. Zoccoli*, 1 t.
 66 *Teoría de las fuerzas sociales*, S. N. Patten, 1 t.
 67 *La Anarquía. Las ideas. Los hechos*, H. Zoccoli, 1 t.
 68 *La Anarquía. Apreciaciones éticas*, H. Zoccoli, 1 t.
 69 *El Espíritu de la Enseñanza*, J. Caballero, 1 t.
 70 *Delincuentes astutos y afortunados*, L. Ferriani, 2 ts.
 71 *La vida eterna y la fe*, W. James, 1 t.
 72 *La Educación desde el punto de vista sociológico*, J. Elslander, 2 tomos.
 73 *El Genio*, G. Bovio, 1 t.
 74 *Pasividad económica*, M. A. d'Ambrosio, 2 tomos.
 75 *La Teoría del comercio internacional*, C. F. Bastable, 1 t.
 76 *Las mujeres y los niños en la vida social*, L. Ferriani, 1 t.
 77 *El nuevo derecho internacional*, E. Cimbali, 1 t.
 78 *El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza*, J. M. Baldwin, 2 tomos.
 79 *Ilusiones socialistas y realidades económicas*, D. Bellet, 1 tomo.
 80 *La explotación infantil*, L. Ferriani, 1 t.
 81 *El vilozoísmo como medio de concebir el mundo*, Edmundo González-Blanco, 1 t.

LIBROS SELECTOS

<i>Cuestiones obreras</i> , Rafael Altamira.....	0.50
<i>Novelitas y cuentos</i> , Rafael Altamira.....	0.25
<i>Los virgenes de las rocas</i> , Gabriel d'Anunzio, pasta.....	0.75
<i>Varias historias</i> , Machado de Assis, pasta.....	1.00
<i>La Reina de Rapa Nui</i> , Pedro Prado.....	1.00
<i>Cuentos y crónicas</i> , Carrasquilla Mallarino.....	1.00
<i>El concepto de la nacionalidad y de la patria</i> , A. Latino.....	1.00
<i>Vicios políticos de América</i> , Enrique Pérez.....	1.50
<i>La revolución de México y el imperialismo yanqui</i> , Gonzalo G. Travesi.....	1.00
<i>Mi patria y mi dama</i> , (poesías), Juan Luis Cordero..	1.00
<i>Santa Teresa de Jesús</i> , (obras escogidas), pasta.....	1.00
<i>Los Roquevillard</i> , Henry Bordeaux, pasta.....	1.00
<i>Jack</i> , Alfonso Daudet, pasta.....	1.00
<i>Novelas ejemplares</i> , Miguel de Cervantes, pasta.....	1.00